



PERÚ

Ministerio de Cultura

CORO NACIONAL DE NIÑOS DEL PERÚ

Canticuentos

Material complementario

RECOPIACIÓN DE CANCIONES Y CUENTOS INFANTILES DE

COTA CARVALLO





ÍNDICE

- **El trencito**
Partituras 05
Cuento 07
- **Las vocales**
Partituras 12
- **¿En dónde está?**
Partituras 14
Cuento 15
- **La niña estrella**
Partituras 17
Cuento 19
- **Ven a jugar**
Partituras 24
Cuento 26
- **El caballo blanco**
Partituras 29
Cuento 31
- **Las palomas**
Partituras 34
Cuento 36
- **Si viene la avispa**
Partituras 40
Cuento 42
- **Linda mariposita**
Partituras 45
Cuento 47
- **Barabán**
Partituras 50
Cuento 52
- **La mosquita**
Partituras 57
Cuento 58
- **Mientras duerme la nenita**
Partituras 61
Cuento 63
- **El viejo Pancho**
Partituras 66
Cuento 68
- **El cielo es azul**
Partituras 73
Cuento 76
- **La niña y el mar**
Partituras 80
Cuento 82
- **La gallinita blanca**
Partituras 85
Cuento 87
- **El río**
Partituras 90
Cuento 93
- **Una niña vendrá**
Partituras 97
- **Uno, dos y tres**
Partituras 99
- **La flor de Amancaes**
Partituras 102
Cuento 105



Materiales de apoyo al aprendizaje de las canciones

A manera de complementar el proceso de aprendizaje musical, en este apartado se hace llegar una serie de materiales pedagógicos para el profesor de coro. Se trata de las partituras para el alumno, los audios de apoyo al aprendizaje y los cuentos escritos por Carlota Carvallo, que se conectan directamente a canciones como *El trencito*, *¿En dónde está?*, *Ven a jugar*, *Las palomas*, entre otras.

Dichos materiales podrán ser compartidos con los niños coreutas –o sus padres– con el fin de estimular su práctica musical y afianzar las canciones que se vienen preparando. Cabe señalar que todos los cuentos aquí presentes fueron revisados y verificados antes de su publicación por Pilar Núñez y Morris Jiménez.

Estamos seguros que todo lo que aquí se presenta apoyará de forma efectiva el trabajo coral y será de gran disfrute para los pequeños cantores.





CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

El trencito

(Ronda)

Letra y música: Cota Carvallo

Arr. musical: Andrés Sas

1. Es - te e - ra u - na vez, un tren -
fin del ca - mi - ni - to ve -

3
cí - to co - lo - ra do. De
ní - a o - tro tren. E - ra un

5
ja - rón suel - to al tren y ha -
tren - ci - to blan - co que ha -

7
cí - a ta - lán, ta - lán; y ha -
cí - a ti - lín, ti - lín; que ha -

9
cí - a ta - lán, ta - lán. 1. 2. Al lín. y
cí - a ti - lín, ti -

2

12

cuán - do se en - con - tra - ron los
to - dos des - de en - ton - ces po -

14

dos po - bres tren - ci - tos por
de - mos es - cu - char _____ muy

16

1.
el cie - lo vo - la - ron he -

18

chos mil pe - da - ci - tos. y

20

2.
le - jos sus cam - pa - nas ti -

22

ti - lín, ti - lín, ta - lán; ti -

24

ti - lín, ti - lín, ta - lán.



El trencito

Esta era una aldea perdida entre las montañas. La gente vivía pobremente y no podía salir de allí. Altos cerros y quebradas inmensas la modelaban. Sólo en contadas ocasiones se le ocurría a algún viajero visitarla.

Un día llegó un hombre montado en un caballo. Estaba bien vestido y llevaba consigo muchas valijas como equipaje. Los pobladores lo rodearon con curiosidad. Vivió unos días en una posada y se interesó por los problemas del vecindario.

— ¿Qué puedo hacer por ustedes? — preguntó antes de partir.

Unos pidieron dinero, otros vestidos. Después de pensarlo mucho, convinieron en pedir algo que beneficiara a todos los pobladores.

— ¡Señor! ¡queremos salir de nuestra aldea! ¡Llevar nuestro producto para venderlos en otras regiones! Así podremos comprar las cosas que nos hagan falta.

Otros dijeron:

- Deseamos tener comunicación con el resto el mundo...
- Queremos que nuestros hijos estudien y sean mejores que nosotros...
- ¡Necesitamos caballos!
- ¡Sería mejor coches!

Aquel señor que parecía tan rico se quedó pensativo:

— Cuando me vaya —les dijo— les enviaré un tren como regalo.

Los habitantes de la aldea no le creyeron. Ya casi habían olvidado el ofrecimiento, cuando una mañana escucharon unas sonoras campanas.

— ¡Talán, talán, talán!

Todos salieron de sus casas con gran curiosidad. ¿Saben lo que encontraron?

Sobre unos rieles brillantes, que parecían de plata por lo nuevecitos, se deslizaba un tren rojo. Las ruedas dejaban oír un sonido acompasado:

— ¡Traca traca, traca tran!

Un hombrecito de cara risueña, con larga barba negra lo conducía.

— ¿Quién quiere subir al tren? — preguntó.

Los vecinos de la aldea no se lo hicieron repetir. Treparon por las escalerillas y se instalaron en los mullidos asientos del vagón. Los niños reían alegremente y miraban por las ventanillas.

— ¿A dónde vamos? — preguntaron.

Pero nadie lo sabía. De repente el tren partió. Sus ruedas rechinaban sonoramente. Atravesó montañas y quebradas. El paisaje era maravilloso. Los sembríos brillaban con la luz del sol. Al pie del camino serpenteaba

un río que, al estrellarse contra las piedras, hacía saltar la blanca espuma.

Hacia el mediodía llegaron a otro pueblo. Cuando el tren rojo se detuvo en la estación, sus habitantes se mostraron sorprendidos.

- Esta línea es nuestra —dijeron—. Nosotros tenemos también un tren —Y les mostraron un tren blanco.
- ¿Qué sucedía si algún día se encontraran los dos trenes a mitad del camino?

Entonces los dueños del tren blanco pidieron que tres días a la semana saliera el tren de su respectiva estación y volviera a su pueblo al anochecer.

- ¿Y los domingos? —preguntaron los dueños del tren rojo.
- Los domingos saldremos nosotros y ocuparemos la vía —dijeron los dueños del tren blanco—. Ese es precisamente el día en que nuestros hijos y nuestras mujeres salen a pasear.
- ¡No! —Respondieron enfurecidos los dueños del tren rojo— ¡nosotros ocupamos la vía los domingos.

Como no llegaron a ponerse de acuerdo, los dueños del tren rojo volvieron a su pueblo, mientras los dueños del tren blanco quedaban en medio de la plaza.

Cuando llegó el domingo, todos los vecinos del pueblo que poseían el tren rojo se prepararon para ir a excursión. Los padres llevaban orgullosamente de la mano a sus hijos. Las mujeres cargaban a los hijos más pequeños

al mismo tiempo que las provisiones para el almuerzo. La alegría era general. De pronto repicó la campana del tren.

— ¡Talán, talán, talán!

Y las ruedas empezaron a deslizarse sobre los rieles, subiendo por una empinada cuesta. Los niños aplaudían. Las madres los miraban llenos de satisfacción.

Mientras tanto, al otro lado de la vía partía también a esa hora el tren blanco. Sus campanas repicaban suavemente:

— ¡Tilín, tilín, tilín!

Y las ruedas al girar sobre los rieles sonaban:

— ¡Triqui triqui, triqui trin!

Y el hombre que lo guiaba era un joven de cabellos rubios y encendidas mejillas.

El tren blanco y el tren rojo se encontraron a la mitad del camino. Ya era tarde para evitar la catástrofe. El choque fue tremendo. Los dos trenes volaron por el aire, hechos mil pedazos. La gente que viajaba en ellos no volvió nunca más a sus hogares. Grandes demostraciones de pesar hubo en los pueblos. Pasó el tiempo sin que pudieran olvidar tan horrible desgracia. Y los viajeros que atraviesan desde entonces por aquellos lugares, cuentan una extraña historia...

A veces pueden escucharse las campanas lejanas de los dos trenes, como si continuaran aún recorriendo ese camino, deslizándose por sus brillantes rieles de plata.

- ¡Talán, talán, talán! Repican las campanas del tren rojo
- ¡Tilín, tilín, tilín! Repican las campanas del tren blanco...

Y las ruedas van rechinando al alejarse:

- ¡Traca traca, traca tran!

Tras de las montañas se escucha como un eco otro rumor:

- ¡Triqui triqui, triqui trin!

Luego todo vuelve a quedar en silencio...



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

Las vocales

Letra y música: Cota Carvallo
Arr. musical: Andrés Sas



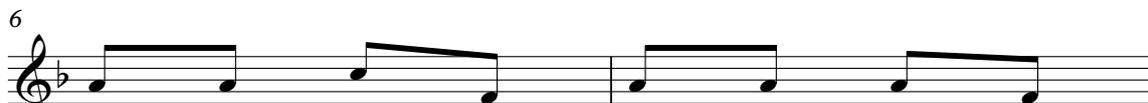
1. Es la A u - na ca - si - ta dón - de
2. Es la I u - na ni - ñi - ta y la
3. A - pren - da - mos las vo - ca - les que son

4



vi - ve un pas - tor y la
O su bo - la a - zul, mas la
A E I O U, el pas -

6



E la ven - ta - ni - ta don - de es -
bo - la cae al po - zo y el po -
tor y la ca - si - ta, la ni -

8



te se a - so - mó. ¡Ay, qué
zo es la le - tra U. ¡Po - bre -
ña y su bo - la a - zul. ¡Qué sa -

2

10

lin - da es la ca - si - ta! ¡Ay qué
 ci - fa la ni - ñi - ta que per -
 bi - dos los ni - ñi - tos, di - cen -

12

lin - do es el pas - tor!
 dió su U bo - la a zul!
 A E I O U.





CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

¿En dónde está?

Letra y música: Cota Carvallo
Arr. musical: Morris Jiménez M.





¿En dónde está?

Un niño se hallaba al lado de su madre en una banca del jardín. Ambos seguían en ese momento el vuelo de un lindo gorrión que se balanceaba sobre las ramas de un sauce. Luego se escuchó un ligero rumor.

- ¿Quién grita así? —preguntó el niño.
- Ese gorrión tiene su nido en las ramas del sauce... Y ese ruido es el grito de los pajaritos que están pidiendo su alimento.
- ¿Y no pueden comer solos?
- No. Todavía no tienen las plumas grandes y no pueden volar. Si los descubriera el gato podría comérselos. Por eso en el nido están calentitos y resguardados de los peligros.
- ¿Y cuándo sean grandes?
- Cuando sean grandes, les crecerán alas y podrán volar por el cielo.

El niño dirigió entonces su mirada hacia la tierra y descubrió un gusanito de color rosado que se introducía dificultosamente en la tierra.

- ¡Mira ese gusano! —exclamó el niño. ¡Qué feo es! ¿Para qué hizo Dios esos animales?
- ¡Es una lombriz! —dijo su madre sonriendo.
- ¿Vive dentro de la tierra?
- Sí.
- ¿Y no se mueren allí?

- No. Fíjate como se introduce en la tierra hasta desaparecer por completo.

El niño se quedó mirando el lugar en donde había desaparecido la lombriz.

Más tarde fueron a la playa. Vieron un pescador que echaba el anzuelo al mar.

- ¿Qué está haciendo ese hombre?
- Está pescando. En el extremo del cordel pone un “muy—muy” y cuando el pez se lo ha comido, el pescador tira del cordel y lo saca fuera del agua. Entonces el pececito se muere. No puede vivir sino en el agua.
- Así como el pajarito vuela en el aire, los peces necesitan el agua para respirar.
- ¿Y no podrían volar como el pájaro en el aire?
- Los únicos que pueden volar, pero en aviones, son los hombres.
- Es verdad, pero dime ¿los hombres pueden vivir debajo del agua?
- Sí. Cuando se introducen en barcos especiales llamados “submarinos” pueden recorrer todo el fondo del mar.
- ¿Entonces el hombre vive en todas partes?
- Sí. Gracias a su inteligencia, el hombre puede vivir en la tierra, en el cielo y en el mar.



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

La niña estrella

Letra y música: Cota Carvallo
Arr. musical: Andrés Sas



La ni - ña se la - va en el po - zo, la

ni - ña se que - da muy blan - ca; la

mi - ran las o - tras ni - ñas muy ca - lla -

di - tas, por la es - pal - da. la

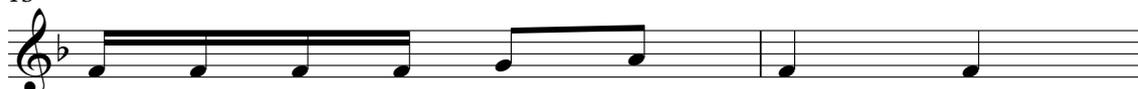
mi - ran las o - tras ni - ñas muy ca - lla -

Fin

di - tas por la es - pal - da.

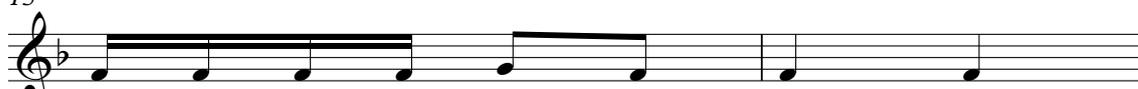
2

13



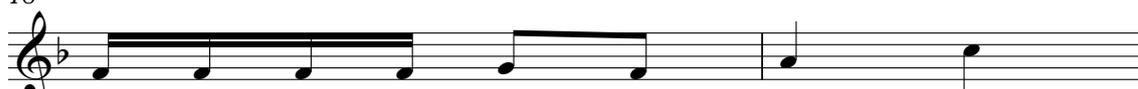
Co - mo nie - ve son sus bra - zos

15



y sus pies co - mo du - raz - no;

18



y su ca - ra co - mo se - da,

20

D.S. al Fin



y sus o - jos de co - bal - to. La



La niña estrella



Niní era una niña que solía jugar fuera de su casa cuando sus papás salían. Un día se le acercó una linda joven que le preguntó:

- ¿Cómo te llamas?
- ¡Niní! —dijo.
- ¿En dónde está tu mamá?
- ¡Se ha ido! —dijo Niní dando un suspiro.
- ¿Y quién te cuida?
- ¡Nadie! ¡Me cuido yo sola!
- ¿Y tu papá?
- Trabaja lejos de aquí, y siempre está ocupado.
- ¡Pero mira tu carita está sucia, tu pelo

- desgreñado, las manos llenas de barro.
¿Por qué no te lavas?
— ¡No me gusta! ¡Me da frío!

La jovencita rubia movió la cabeza y siguió su camino. Al día siguiente a la misma hora volvió a pasar y vio a la niña jugando con las piedras de la calle. Le hizo la misma pregunta y la niña contestó de la misma manera.

- ¿Qué quieres que juguemos? — preguntó la desconocida.
— ¿A qué jugamos?
— A las visitas.
— No. No me gusta.
— Entonces a las muñecas.
— Yo no tengo muñecas.
— Yo te daré una para que juegues un rato.

Tomó un pañuelo y le hizo varios nudos y luego sopló sobre él. En seguida se convirtió en una muñeca. Era una muñeca pequeñita y muy linda. La niña jugó un buen rato con ella, hasta que la desconocida le dijo:

- Ya es tarde, me tengo que marchar.
— ¿No me regalas la muñeca?
— Te la doy pero con una condición.
— ¿Cuál es?
— Que te laves y peines hasta que quedes limpiecita.
— No tenemos agua en mi casa —dijo Niní con tristeza.

Entonces la joven desconocida la tomó de la mano y se la llevó por un camino que conducía a las afueras del pueblo. Poco después se introdujeron a un espeso bosque.

- ¿A dónde me llevas? Estoy cansada — preguntó Niní.
- Vamos a un lugar maravilloso —dijo la joven rubia.

Y de pronto se detuvo delante de un pozo.

- ¡Lávate aquí! —le ordenó.
- ¿No me dejarás?
- No, voy a esperarte.

Niní miró el agua límpida del pozo e introdujo en ella un dedo.

- Está tibia —dijo—. Mojaré mis dedos.

E introdujo toda la mano en el agua. La joven desconocida la animó:

- ¡Mójate todo el brazo! —dijo.

Niní hundió primero un brazo, luego el otro.

- ¡Qué deliciosa está el agua! —exclamó.
- Ahora lávate los pies.
- Lo haré, pero no te vayas todavía.
- No tengas cuidado, te esperaré — Contestó la joven.

Niní tocó el agua con el dedo más pequeño del pie. Luego metió todo el piecito dentro del pozo. Después la pierna hasta la rodilla. En seguida el otro pie y la pierna hasta que el agua le llegó a la cintura. Poco a poco el agua fue subiendo hasta que le llegó al pecho.

- ¡Ahora lávate la cara! —dijo la joven rubia.

Niní introdujo su hermosa carita sucia dentro del agua.

Cuando la volvió a sacar estaba limpiecita. Y en ese momento Niní se volteo para mirar en torno suyo, y descubrió muchos, muchos ojos que la contemplaban tras los árboles. Eran los animales del bosque que habían acudido a mirarla.

La joven le dio entonces un peine que parecía de oro.

— Pásalo por tu cabeza —le dijo.

Niní peinó sus largos cabellos y quedaron brillantes. Luego sacó sus manos del agua, sus brazos, sus hombros. Después sus piernas. Al fin salió completamente del pozo.

— ¡Ahora vístete!
— Mi vestido está muy viejo y sucio.
— No te preocupes, he traído un vestido para ti —dijo.

Entonces le dio un vestido hecho de luces. Y tomando los pétalos de una enorme flor que crecía cerca del pozo se la dio para que se las atara a la cintura. Tomó una aguja y le hizo con ellos también una linda blusa.

— ¿Me queda bien? —preguntó Niní alegremente.

La joven rubia la tomó de la mano y le dijo:

— ¡Mírate reflejada en el agua!

Y luego añadió:

— Ahora que estás limpiecita ya puedo llevarte conmigo.

Y aquella noche Niní no volvió a su casa. Sus amiguitas la buscaron inútilmente.

Su padre llegó cansado del trabajo y vio su cama vacía. La buscó por toda la casa. La llamó repetidas veces. Nadie respondió. Se asomó a la puerta y preguntó a las vecinas:

— ¿Han visto a Niní?

Un viejecito que pasaba por la calle en ese momento miró al cielo y dijo:

- ¿Han contado ustedes las estrellas?
- ¿Para qué vamos a contarlas?
- Niní se ha convertido en una estrella.
— dijo—. Si contaran todas las estrellas que brillan en el cielo, verían que hay una nueva más pequeña, desde esta noche.



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

Ven a jugar

*Letra y música: Cota Carvallo**Arr. musical: Andrés Sas*

S:

1. ¿Por - qué no vie - nes con - mi - go, ni -
qué no vie - nes con - mi - go, ni -

3
ñi - to, pa - ra ju - gar? co -
ñi - to, pa - ra ju - gar? ¡Tan

5
rre - re - mos por los cam - pos de -
lin - do que hu - bie - ra si - do! De

7
jan - do has - ta el vien - to a - trás, de -
pe - na voy a llo - rar, de

9 **Fin**
jan - do has - ta el vien - to a - trás.
pe - na voy a llo - rar.

2

11

¿No quie - res? ¡Ay ni - ño ma - lo! Yo

18

que te que - rí - a dar las

20

es - tre - llas de los cie - los, las

22

D.S. al Fin

pie - dre - ci - tas del mar. 2.¿Por -

Ven a jugar



Un niño y una niña se encontraron aquella tarde solos en el malecón. El niño contemplaba el mar silenciosamente. La niña corría de un lado a otro. Llevaba un vestido blanco y el aire hacía volar su larga cabellera negra.

El niño arrancó una flor roja del jardín y empezó a deshojarla. La niña se le acercó:

— ¿Vamos a jugar? —le dijo.

El niño la miró con indiferencia y continuó deshojando el geranio rojo sin responder. Ella insistió:

— Si quieres corremos por los campos. Iremos más ligeros que el viento.

Pero el niño parecía enojado. Le volvió la espalda. Luego se inclinó a contemplar un pequeño insecto que corría por entre la hierba. La niña le dijo:

- Ese animalito es un “caballito de siete colores”. ¿Vamos a ver si realmente tiene siete colores?

El niño no respondió.

- ¡No seas malo! — insistía ella — ¡iremos a la orilla del mar! ¡Recogeremos caracoles y piedrecitas de colores!

El niño continuaba mudo. Al fin la niña se cansó de rogarle que jugara con ella.

Su madre llegó a buscarla. La tomó de la mano con suavidad y al notar que tenía los ojos llenos de lágrimas le preguntó:

- ¿Qué tienes? ¿Por qué estás llorando?
- ¡Ese niño no quiere jugar conmigo!
- ¡No seas tonta! ¡No le ruegues! En casa te están esperando muchas amigas para jugar.

Mientras se iban alejando del malecón la niña volvía la cabeza para ver si el niño, arrepentido la llamaba. Pero el seguía deshojando flores. Cuando se cansó fue arrojándolas al suelo. Luego metió las manos en sus bolsillos y se alejó a grandes pasos.

- ¡Qué malo es ese niño! ¿No es cierto? — decía la pequeña, mientras se frotaba los ojos con el ruedo de su vestido.

Pasó el tiempo, la niña ahora es una linda chiquilla. Llega otra vez al mismo malecón. Es una tarde de verano. Allí

en un banco se halla un muchachito de la misma edad.
Al verla acercarse va a su encuentro.

- ¿Vamos a jugar? —le ruega.
- ¿Por qué he de jugar contigo? Ni siquiera te conozco. No sé quién eres —continúa ella con altanería.
- ¿No me recuerdas?... Hace tiempo nos encontramos en este mismo lugar. Llevabas un vestidito blanco y el viento hacía volar tu pelo. Tú me propusiste jugar y yo no te hice caso.

La jovencita se queda un momento pensativa. Luego, dice:

- ¡Ah, sí!... Creo que ahora recuerdo... Pero... ¿cómo has sabido que yo era la misma niña de entonces?
- Te he reconocido inmediatamente porque, aunque no lo creas, ¡he pensado en ti muchas veces! Cuando esa tarde te vi alejarte de la mano de tu madre, quise correr tras de ti y llamarte para decirte que juguemos a lo que tu quisieras. Pero no sé por que no pronuncié una palabra... Aún no me explico el motivo, creo que no me atreví.

Ella lo miró con indiferencia.

- ¿Jugar y correr? —preguntó con desdén ella— ¡Ya estamos grandes!
¡La verdad es que no le veo la gracia!
¡Ha pasado tanto tiempo!

Y dándole la espalda, echó a correr para reunirse con unas amigas que la estaban esperando.



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

El caballo blanco

*Letra y música: Cota Carvallo**Arr. musical: Andrés Sas*

1. De le - jos ven - go mi ni - ño bus -
 2. Yo he vis - to so - lo un ca - ba - lli - to con
 3. Yo j - ré por el mun - do en - ton - ces bus -

8

can - do un ca - ba - llo blan - co con
 cri - nes de se - da ro - ja ba -
 can - do el ca - ba - llo blan - co con

10

cri - nes de blan - ca se - day mon -
 ja - ba a - llá por los ce - rros has -
 cri - nes de blan - ca se - day mon -

12

tu - ra de da - mas - co.
 ta - la que - bra - da hon - da.
 tu - ra de da - mas - co.

Fin

14



¿No lo vis - te, ni - ño a - ca - so, ha - ce
Yo he vis - to so - lo un ca - ba - llo con cri -

17



tan só - lo un mo - men - to ga - lo - pa - ba de - sa -
nes de se - da ne - gra, per - dió - se por los po -

20

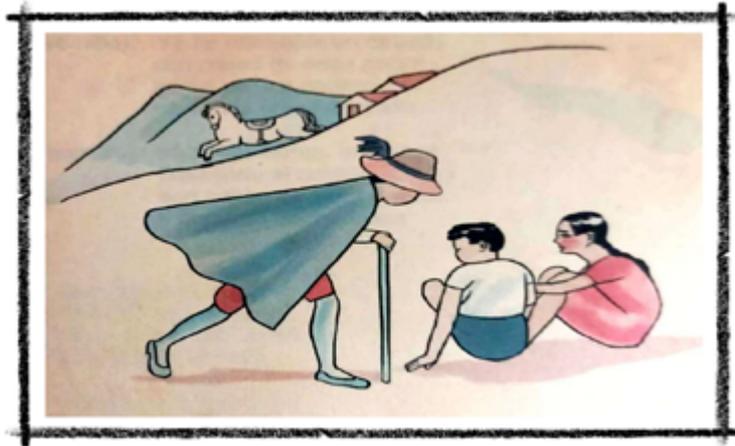
Repeticiones y Fin



la - do con la ra - pi - dez del vien - to.
tre - ros en don - de cre - ce la al - fal - fa.



El caballo blanco



Un hombre marchaba cierta vez por un largo camino solitario cuando escuchó el rumor de unos pasos que se aproximaban. Volvió la cabeza y vio un caballito blanco. Estaba muy flaco y hambriento. Como su dueño no aparecía, el hombre resolvió llevarlo a su casa. Allí le construyó un pequeño pesebre. Con el tiempo el animalito creció y se volvió un hermoso caballo.

El hombre lo cuidaba y le daba de comer de la mano. Le compró una silla roja y solía montarlo con frecuencia. En estas ocasiones llevaba un poncho blanco y sombrero de anchas alas. Su paso era menudo y elegante. Cuando paseaba por el pueblo, los vecinos se asomaban a la puerta de sus casas para verlo.

Era realmente hermosa la figura del jinete montando en su caballo blanco mientras este movía nerviosamente las patas, levantando a su paso el polvo del camino. Pero sucedió que una noche el hombre oyó relinchar

en el pesebre. Cuando se levantó de su lecho para ir a ver lo que ocurría, advirtió con sorpresa que el caballo blanco había desaparecido.

— ¿Su antiguo dueño habrá venido por él? —pensó.

Lo buscó afanosamente en los alrededores. Fue de casa en casa, de aldea a aldea, de ciudad en ciudad.

— ¿Han visto un caballo blanco? — preguntaba.

Pero nadie podía darle razón de su paradero.

— Yo he visto sólo un caballo rojo — le contesto un niño—. Marchaba alegremente sobre los campos de alfalfa.

— Yo he visto pasar galopando un caballo de largas crines negras —dijo una anciana— se perdió rápidamente entre las montañas.

— No es el que busco —exclamó tristemente el joven. Mi caballo tenía las crines blancas y sedosas. Era el caballo más hermoso del mundo.

Y así pasaba el tiempo. Sus amigos trataban de hacerle olvidar.

— No piense más en él —le aconsejaban— ¿Qué objeto tiene lamentarse?

Pero el hombre no les hacía caso. Le era imposible pensar en otra cosa. Un día dejó a su familia. Vendió su casa. Quiso despojarse de todo lo que poseía para emplear su tiempo libre e ir por el mundo buscando a su caballo blanco.

Cierta vez atravesaba un inmenso arenal, cuando vio en la lejanía la silueta de un caballo. Le pareció reconocerlo. El corazón le latía con violencia.

— ¡Es mi caballo! —pensó lleno de alegría— ¡Al fin lo he encontrado!

Mas cuando se aproximó, el animal se desvaneció como si hubiera sido un caballo hecho de humo.

En otra ocasión creyó divisarlo sobre la cumbre de una montaña. Lleno de ansiedad empezó a subir la empinada cuesta, pero al acercarse a la cima advirtió que lo que había tomado por un caballo era sólo una sombra.

Más tarde le pareció escuchar el relincho de un caballo, mientras atravesaba el corazón de la selva. Lo busco inútilmente, hasta que al fin comprendió que aquel sonido era solo el rumor que producía el viento al azotar las copas de los árboles.

Y así transcurrió el tiempo hasta que un día llegó al convencimiento de que todas las veces que había creído ver cercano a su caballo blanco, se había engañado. Era sólo un caballo de humo, un caballo de viento, un caballo de sombra.

Quizás alguna vez han tropezado antes con ese hombre en su camino. Los habrá mirado con sus ojos tristes, para preguntarles enseguida:

— ¿Has visto mi caballo blanco?

Lo debe de estar buscando todavía por algún rincón del mundo. O quizás, si ya lo ha encontrado, irá montado sobre él y la gente saldrá a la puerta de sus casas para verlo pasar. ¡Es tan hermoso cuando galopaba nerviosamente por los caminos levantando a su paso una nube de polvo!



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

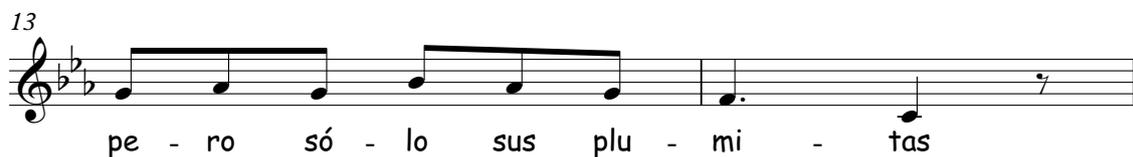
1

Las palomas

(Arrullo)

Letra y música: Cota Carvallo

Arr. musical: Andrés Sas



2

15



se pu - die - ron re - gre - sar.

Musical notation for line 15: A single staff in G major (one flat) with a treble clef. The melody consists of quarter notes: G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4. The final note G4 is held over a bar line, followed by two eighth rests in the next measure.

17



Y por e - so es - tán los cam - pos

Musical notation for line 17: A single staff in G major with a treble clef. The melody consists of quarter notes: G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4. The final note G4 is held over a bar line, followed by two eighth rests in the next measure.

19



blan - cos, blan - cos, co - mo a - zahar;

Musical notation for line 19: A single staff in G major with a treble clef. The melody consists of quarter notes: G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4. The final note G4 is held over a bar line, followed by two eighth rests in the next measure.

21



y di - cen que es la ne - va - da

Musical notation for line 21: A single staff in G major with a treble clef. The melody consists of quarter notes: G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4. The final note G4 is held over a bar line, followed by two eighth rests in the next measure.

23



de la no - che de San Juan.

Musical notation for line 23: A single staff in G major with a treble clef. The melody consists of quarter notes: G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4. The final note G4 is held over a bar line, followed by two eighth rests in the next measure.



Las palomas



Desde hacía algún tiempo la vida se había hecho imposible para aquellas pobrecitas palomas. Muchas de sus compañeras desaparecían misteriosamente del palomar, sin que nadie las volviera a ver más. Aquella mañana se hallaban muy preocupadas.

— ¿En dónde estará “la Pinta”? — se preguntaban.

De pronto llegó con gran sigilo una paloma gris.

— He visto —les dijo— unas plumitas negras en el patio de la casa. Estoy segura de que pertenecían a “la Pinta”.
— ¿Qué pudo haberle ocurrido?

- Tal vez nuestros dueños la han mandado a matar...
- ¡Sí! —dijo el palomo más grande— Debemos de convencernos de que están decididos a acabar con nosotras.
- ¿Y qué podemos hacer? —preguntó la palomita negra.
- ¡Huir! —dijo otra.
- ¡Sí, huir! ¿Pero adónde?
- ¡Tienes razón! ¡En todas partes nos ocurrirá lo mismo!
- Ya no podemos siquiera dormir tranquilas —añadió el palomo gris—. Anoche salió la luna y uno de sus rayos me dio sobre la cabeza. Pensé que así se me vería con mayor facilidad y traté de ocultarme en algún rincón oscuro. ¿Saben a dónde fui a dar? ¡A la madriguera de una rata!
- Se me ocurre una idea —dijo una paloma blanca que tenía los ojos rojos— ¿Por qué no nos vamos a la luna?
- ¿A la luna? ¿Estás loca?
- ¿Por qué no? ¡Allí pediríamos asilo!
- Los hombres que son nuestros peores enemigos ya han logrado llegar a ella.
- ¡Pero su otro lado podría servirnos de refugio!
- ¡Es verdad! ¿Por qué no intentarlo? —dijo una palomita parda.
- ¿Y si no llegamos nunca?
- ¡Volaríamos sin descanso!
- ¡Tardaríamos quizás mucho tiempo!
- ¿Y cómo nos alimentaríamos?
- ¡Tal vez ya lejos de la tierra, no tendremos necesidad de comer!
- De todas maneras, es preferible morir de hambre a que nuestros dueños nos maten sin piedad cada día.

Estas últimas palabras levantaron algunas voces de protesta. La paloma blanca más vieja dijo:

Les propongo una cosa, que se queden a mi lado las que deseen ir al otro lado de la luna y que se vayan a otro lugar aquellas palomas cobardes que, por no arriesgarse, prefieren aguardar resignadamente su fin.

Al escuchar estas palabras, una bandada de palomas levantó el vuelo. Solamente quedaron junto a la que había hablado siete palomas blancas.

- ¿Están dispuestas para el viaje?— preguntó el palomo mayor.
- Sí. Vamos a arriesgarlo todo.

Entonces decidieron esperar a que llegara la noche. Cuando asomara la luna y la distinguieran claramente, habría llegado el momento de partir.

Así lo hicieron. Se echaron a volar. No podían comunicarse entre sí. Temían que cualquier esfuerzo las fatigara y ellas deseaban llegar a su destino lo más pronto posible.

La primera noche avanzaron un largo trecho. Veían la luna mucho más grande, lo cuál quería decir que habían recorrido una distancia considerable. La segunda noche les pareció ver en la luna un gran rostro blanco que las contemplaba. Y esto les dio fuerzas para volar con mayor entusiasmo. La tercera noche la luna se les presentó con una inmensa superficie redonda, en medio de la cuál había una gran boca que se abría como si estuviera sonriendo.

Pero fue en la quinta noche, cuando vieron claramente unos ojos enormes que las contemplaba en silencio. Era el enorme hombre de la luna que las estaba esperando. Cuando se aproximaban, abrió del todo su inmensa

boca y la volvió a cerrar, devorando a las pobre aves que desaparecieron en ella para siempre. Sólo quedaron como suspendidas en el aire las plumas de las ocho palomitas, buenas y confiadas.

Y como el hombre de la luna no deseaba guardar estas plumas, sopló con su boca oscura y las envió para que lleguen de regreso a la tierra.

Quizás hizo esto para que ellas no le recuerden su maldad al contemplarlas.

Y sopló tan fuerte que las plumas empezaron a volar otra vez hacia la tierra.

Y cuando se acercaron a ella, tomaron la apariencia de un manto blanco que se extendía sobre los campos, sobre los tejados, sobre las montañas.

Y los hombres no podían imaginar que esta fuera una lluvia de palomas blancas, que había caído desde la luna.

Y como era aquella la noche de San Juan, nadie se extrañaba de ver los campos tan blancos como si fueran nevados. Pero no era nieve si no plumas, las plumas blancas de las ocho palomas.

Y los hombres se encerraban bien abrigaditos dentro de sus casas. Miraban a través de las ventanas hacia afuera y exclamaban:

— ¡Qué hermosa nevada ha caído sobre la tierra en esta noche de San Juan!



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

Si viene la avispa

Letra y música: Cota Carvallo
Arr. musical: Morris Jiménez M.



1. Si vie - ne la a - vis - pa gran - da - za, mue - vo el
2. Si vie - ne la ma - ri - po - si - ta, de - jo el

3



ár - bol. Si vie - ne la chu - pa je -
ár - bol. Si vie - ne la a - be - ja chi -

5



rín - ga mue - vo el ár - bol. Y
qui - ta, de - jo el ár - bol. Si

7



si vi - nie - ra el mos - cón, que a
vi - nie - ra el pi - ca - flor, si

9



los ni - ños va a pi - car, mo -
vi - nie - ra el pi - ca - flor. me

2

11



vien - do las ra - mas del ár - bol en un mo - men -
voy des - pa - ci - toy lo de - jo en las ra - mas pa -

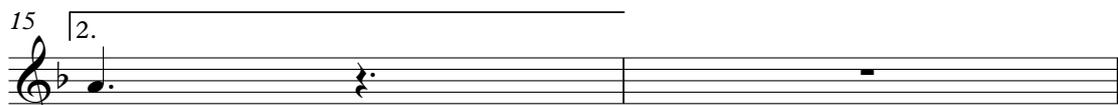
13



ti - to lo voy a es - pan - tar.
ra - que to - me

1.

15



sol.

2.



Si viene la avispa

Los niños jugaban en el parque que estaba frente a su casa. Era una tarde de sol. Juanito quiso subir a un árbol. De pronto vio a una avispa que daba vueltas en torno suyo. Fue tal el susto que se llevó que por poco se vino a tierra. Aterrorizado empezó a llorar.

— ¡Me va a picar ese animal! —decía entre lagrimones.

Tomás el hermano mayor que se encontraba por allí acudió a ver lo que sucedía. Cuando advirtió que era la avispa la causa de todos sus lamentos movió suavemente la rama donde ella se había parado.

— ¡Bzeee bzeeee! —murmuró la avispa y se fue volando, sin hacer daño a Juanito.

— ¡Gracias hermano! —exclamó éste y siguió trepando al árbol.

— ¡No subas tan arriba que te vas a caer! —le gritó Tomás.

— ¿Qué animal es este? —preguntó Juanito al ver otro insecto que se le acercaba zumbando ruidosamente:

— ¡Pssst Pssst!

— ¡Es una chupa-jeringa! —dijo Tomás.

— ¡Qué miedo! —exclamó Juanito, echándose a llorar nuevamente.

— ¡No seas tonto! Mueve un poco la rama en donde se ha posado. —le aconsejó el hermano.

Juanito movió la rama y la chupa-jeringa se fue volando. Luego el chico dio un suspiro de alivio y subió un poco más arriba todavía. En eso llegó un gran moscón con el cuerpo cubierto por una especie de pelusa negra. Tiene la cabeza y las patas muy negras y brillantes, sus alas al agitarse producían un gran ruido.

- ¿Y ahora qué hago? —preguntó Juanito con voz temblorosa por la impresión.
- ¡Sacude la rama! —le gritó su hermano.
- ¡Brrrrr brrrrrr! —murmuró el moscón y se alejó a toda velocidad.

Apenas se había tranquilizado Juanito, cuando vio una abejita chiquita que empezaba a dar vueltas en torno de su cabeza. Probablemente observó los agujeros de su nariz y creyó que eran las celdillas de la colmena y en un tris estuvo de introducirse allí.

Pero Juanito se apretó la nariz con la mano y el insecto se siguió de largo.

- ¡Tzeee tzeeeee! —murmuró la abejita por última vez

Luego llegó una mariposita blanca.

- ¡Qué bonita mariposa! —exclamó Juanito— ¡Acércate para verte mejor!

Pero la mariposa después de volar un momento cerca de su cabeza desapareció.

Juanito descendió del árbol y con grandes precauciones para no resbalar. En ese momento llegó un pajarito de color pardo con la cabecita tornasol y moviendo sus alitas a una velocidad increíble, se acercó a las flores

que pendían en altas ramas, introdujo su piquito en ellas para extraer su alimento.

- ¡Qué pajarito tan lindo! ¿Por qué no lo ponemos en una jaula? —preguntó Juanito a su hermano.
- ¡Es un picaflor y los picaflores no viven enjaulados! —dijo Tomás.

Entonces Juanito se bajó del árbol y se alejó muy despacito para no espantar al picaflor. Este se detuvo unos instantes en una rama. El sol de la tarde hacía brillar sus plumitas doradas. Luego emprendió el vuelo, ligero como una centella y pronto se perdió de vista.



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

Linda mariposita

Letra y música: Cota Carvallo
Arr. musical: Andrés Sas

1. Lin - da ma - ri - po - si - ta co - lor ma -
2. Aho - ra voy a po - ner - te en el a - le -

3

íz.
lí.

5

Pe - ro ten - drás tu ca - si - ta _____

7

y tus hi - ji - tos, ¿dí? _____

2

9



Y qui - zá es - tén muy le - jos

Musical notation for line 9: Treble clef, key signature of one sharp (F#), 4/4 time signature. The melody consists of quarter notes: G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4. The lyrics are: Y qui - zá es - tén muy le - jos.

11



de mi jar - dín, de mi jar -

Musical notation for line 11: Treble clef, key signature of one sharp (F#), 4/4 time signature. The melody consists of quarter notes: G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4. The lyrics are: de mi jar - dín, de mi jar -

13



dín.

Musical notation for line 13: Treble clef, key signature of one sharp (F#), 4/4 time signature. The melody consists of a half note: G4. The lyrics are: dín.

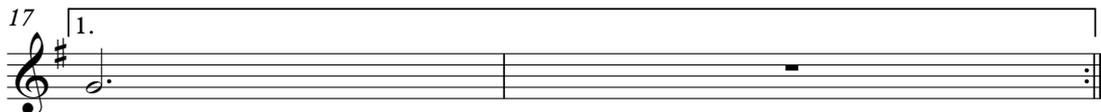
15



Lin - da ma - ri - po - si - ta co - lor ma -
Te de - ja - ré de nue - vo en el a - le -

Musical notation for line 15: Treble clef, key signature of one sharp (F#), 4/4 time signature. The melody consists of quarter notes: G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4. The lyrics are: Lin - da ma - ri - po - si - ta co - lor ma - Te de - ja - ré de nue - vo en el a - le -

17



íz.

Musical notation for line 17: Treble clef, key signature of one sharp (F#), 4/4 time signature. The melody consists of a half note: G4. The lyrics are: íz.

19



li, el a - le - lí.

Musical notation for line 19: Treble clef, key signature of one sharp (F#), 4/4 time signature. The melody consists of quarter notes: G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4. The lyrics are: li, el a - le - lí.



Linda mariposita



Era un día domingo. Lili jugaba esa mañana en su jardín. Entre los alelís volaba una mariposita amarilla. Se detuvo unos instantes y Lili se acercó y la tomó por las alitas. Corrió en busca de su mamá y la halló en una banca de la glorieta, con un libro entre las manos.

- ¡Mira lo que he cazado! —exclamó Lili.
- ¿No te da pena? —dijo la madre— ¡Pobrecita!
- ¡Yo quería tener una mariposa! ¡Mira que bonita!
- ¿Te gustaría que un gigante te levantara por los brazos y te llevara lejos de tu casa? —preguntó la mamá.
- ¡Claro que no me gustaría! —respondió la niña— ¡Me daría mucho miedo!
- ¡Pobre mariposa! ¡Tendrá sus hijitos en algún lugar del jardín, y ellos la

- estarán esperando!
- ¿Y tendrá también su casita?
 - ¡Si, como nosotros, pero chiquitita! Dime Lili..., ¿te gustaría separarte de mí?
 - ¡No mamita! ¡Que pena tendría!
 - Bueno, pues entonces deja que se vaya la mariposita donde sus hijitos
 - Voy a ponerla otra vez en el alelí— dijo Lili.

Y abriendo la mano dejó en libertad al pequeño insecto. Este agitó las alas por unos instantes y echó a volar hasta perderse de vista.

Al día siguiente Lili fue al colegio. La profesora pidió a las niñas que contaran lo que habían hecho el domingo anterior.

Margarita jugó a las muñecas con una vecinita. Rosita fue a pasear al campo con su mamá. Maruja corrió toda la tarde con un lindo perrito que le regalaron.

Cuando le tocó el turno a Lili, ella contó que había cazado una mariposita amarilla en su jardín.

- ¿Y qué hiciste con ella? —le preguntaron las otras niñas.
- ¡La dejé que se fuera volando!
- ¡La hubieras traído para ponerla debajo de las páginas de un libro! — dijo Rosita.

Y ella le repuso:

- ¿Sabes? La dejé escapar porque en su casa la estaban esperando sus hijitos

Entonces la maestra dijo con una sonrisa:

- Es bonita tu idea y con ello demuestras que eres una niña buena y compasiva con los animales, pero te voy a decir una cosa que tal vez ignoras: Las mariposas no llegan a conocer a sus hijos. Ponen sus huevos sobre una hoja y nunca más los vuelven a ver.
- ¿Entonces no son como los pajaritos?
- No. En aves se echan sobre sus huevos y gracias al calor de sus cuerpos se rompen algunos días después. Entonces salen de su interior los pequeños pajaritos.
- ¿Y no forman un nido las mariposas?
- No. Las mariposas ponen sus huevos sobre una hoja. Algunas se mueren poco después.
- ¿Y por qué tienen que morir?
- Hay ciertas leyes de la naturaleza que nosotros no podemos comprender — dijo la maestra.

Lili se quedó pensando. ¿Por qué su mamá le había mentido? ¿Por qué le había dicho que la mariposa tenía su casita y que sus hijitos la estaban esperando?

Se lo preguntó a la maestra y esta respondió con una sonrisa:

- Es una forma muy bonita de decirte las cosas. Así aprenderías a ser compasiva con los animales. Y eso fue lo que tu mamita quiso enseñarte con sus palabras.



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

Barabán

Letra y música: Cota Carvallo
Versión coral: Morris Jiménez M.

Unísono

Ba-ra - bán, Ba-ra-bán es un vie-jo char la-tán. Ba-ra - bán, Ba-ra-bán

5

que nun-ca es-tu-vo en la guerra y vis-te de mi-li - tar, Ba-ra bán, Ba-ra-bán.

9

Voz 1

En la guerra es-tu-ve yo, e-ra un bra-vo ca - pi - tán.

Voz 2

13

Qué men-ti-ra ja-ja - ja... que men-ti-ra Ba-ra - bán, Ba-ra-bán, Ba-ra-

17

Con mi es-pa-da pu-de yo de-te-ner a u na in va - sión; i - ba siempre por de-

bán.

2

20

lan-te con-du-cien-do el ba-ta-llón, y si no quie-ren cre-er que lo di-ga el ge-ne-ral

24

Ba-ra -

¿Dón-de es-tá? ¿quién lo co-no-ce? que men-ti-ra Ba-ra-bán. Ba-ra - bán. Ba-ra

28

no soy vie - jo char-la-tán.

bán, Ba - ra - bán Ba - ra - bán, Ba - ra - bán

31

que nun-ca es-tu-vo en la guerra y vis-te de mi-li - tar.

que nun-ca es-tu-vo en la guerra y vis-te de mi-li - tar.



Barabán

Nadie podía recordar cuando fue la primera vez que lo vieron en el pueblo. Los mayores lo conocían desde hacía tanto tiempo que no podían precisarlo.

- ¿Cómo te llamas? —preguntaron los niños.
- ¡Barabán! —respondía él orgullosamente.
- ¿Barabán es un nombre, acaso?
- Pues así me llamo yo —Y se echaba a reír con sonoras carcajadas.

Por las tardes, cuando los niños se cansaban de jugar en la playa, se acercaban al viejecillo y le pedían que les relatara historias de su juventud. Usaba grandes charreteras doradas en los hombros, una descolorida gorra de militar y saludaba marcialmente. Tito, uno de los traviesos niños que solía acercársele le preguntó una tarde:

- ¿En qué trabajas?
- En nada. Si alguien me da una pequeña limosna, la recibo de buena gana.
- ¿Y en dónde duermes?
- Sobre un banco de la plaza o bajo los puentes que atraviesan el río... En el verano sobre la arena de alguna playa... Nunca tengo que preocuparme por alquilar una casa.
- Eso debe ser muy incómodo —dijo Pepe.
- ¿Siempre has vivido así? —preguntó Ramoncito.
- ¡Oh no! —repuso Barabán— Hace

muchos años yo era un militar muy valiente.

- ¿Peleaste en alguna batalla?
- ¡Ya lo creo! ¡Cuerpo a cuerpo! ¡Contra los soldados enemigos!
- ¿Y mataste a alguno?
- No podría ni contarlos. Tenía un regimiento bajo mis órdenes. Muchas veces los llevé a la victoria.

Y en ese momento se escuchó una voz lejana que llamaba:

- ¡Niños! ¡Vengan a comer!

Y el pobre Barabán los despedía diciendo:

- ¡Hasta mañana amiguitos!

Y ellos echaban a correr mientras se preguntaban: ¿En dónde dormiría esa noche Barabán?

A la mañana siguiente se le vería otra vez, apoyado en su grueso bastón que le servía como espada para atacar a enemigos imaginarios o para conducir el tráfico en la esquina de la plaza del pueblo.

Una tarde, después de que los niños se habían ido ya a sus casas, llegaron a buscarlo tres mujeres que vivían en el pueblo. Eran las madres de sus pequeños amiguitos.

- Hemos venido a buscarte —le dijeron— para pedirte un favor...
- Digan ustedes cuál es, que si está en mis manos.. lo haré con mucho gusto...
- Estamos muy disgustadas contigo.
- ¿Por qué? ¿Qué les he hecho?
- Estás echando a perder a nuestros

hijos... Les cuentas un montón de historias que los trastorna por completo. Ya no piensan si no en tus descabelladas hazañas, ni hablan de otra cosa que no sea de batallas y fusilamientos.

- Ya no estudian sus lecciones —dijo otra de ellas.
- ¡Y llegan muy tarde a casa! —dijo la tercera.
- ¿Y qué quieren que haga?
- ¡Qué te vayas para siempre del pueblo!
¡Qué nos dejes en paz!

Con voz temblorosa Barabán dijo:

- Yo quiero mucho a todos esos niños. Ellos son mis únicos amigos... Pero si ustedes me piden que me vaya, lo haré.
- ¿Nos lo prometes? —preguntaron las mujeres.
- Les doy mi palabra. Me marcharé hoy mismo, antes de que me dé más pena.

Las tres mujeres se marcharon muy contentas.

Barabán envolvió todo cuanto poseía en un pequeño lío que se puso a la espalda y se disponía a abandonar el pueblo, cuando aparecieron tres desconocidos, cuyos rostros no podía ver bien y le dijeron:

- Oye viejo, ¿puedes enseñarnos la casa del gobernador?
- Está aquí, muy cerca —respondió Barabán.
- Ven, acompáñanos —le ordenaron los desconocidos.
- ¿Es verdad que ese señor tiene mucho

dinero?

- ¿Por qué me lo preguntan?
- ¡Por pura curiosidad!.. Y di, ¿vive solo o con su familia?
- ¡Esto me está oliendo feo! —exclamó Barabán— ¿No serán ustedes unos bandoleros que vienen aquí a robar?
- ¿Cómo lo has adivinado? —dijo uno de los hombres en tono burlón.
- Y si así fuera, ¿qué puede importarte? —exclamó otro.
- Les advierto que mientras yo este aquí, ustedes no robarán nada en este pueblo —dijo lleno de cólera Barabán.
- ¿Y cómo vas a impedirlo? — preguntaron los desconocidos, en tono burlón— ¡Ya estás muy viejo para eso!
- Pues miren como lo hago: ¡Gritando!... Así: ¡LADRONEEEES! ¡SOCORROO!
- ¡Cállate o te mato! —exclamó uno de los ladrones, con aire amenazador.

Luego le cubrió la boca con las manos para impedir que siguiera gritando. Como esto tampoco diera ningún resultado, lo arrojaron al suelo y allí lo golpearon. Mientras tanto los vecinos del pueblo asomaban por las ventanas de sus casas para ver lo que ocurría. Poco a poco se fueron acercando al lugar en donde se encontraba Barabán.

- ¿Qué pasa? ¿Dónde están los ladrones? ¿Quién es el herido? — se preguntaban.

Los tres ladrones echaron a correr y desaparecieron en medio de la oscuridad. Algunos hombres salieron en su persecución. Otros se acercaron a Barabán tratando de auxiliarlo.

- ¡Es Barabán!.. —exclamaban.

— ¡Pobrecito! ¿Quién lo ha herido?

Barabán trató de incorporarse. Con voz desfallecida exclamó:

- ¡Persigan a esos tres hombres! Son unos forajidos. Iban a robar en la casa del gobernador. ¡Yo quise impedirlo!
- ¡Qué valiente es Barabán! — exclamaba la gente.
- ¡Pobrecito! ¡Está herido!
- Cuéntanos cómo fue. ¿Dónde los encontraste?
- Los vi cuando ya me iba del pueblo.
- ¿Por qué te ibas, Barabán?
- Buscaba otro sitio en dónde vivir... y en el cuál la gente me quisiera.
- ¿Acaso no te queremos en el pueblo? ¿Los niños no te quieren?

Barabán se incorporó con gran trabajo, tratando de abrirse paso entre la gente.

- ¡Adiós, señores! He prometido irme y lo cumpliré. Tengo prisa. ¡La noche es oscura y el camino largo!

En este momento se acercaron a Barabán tres mujeres. Eran las madres de sus amiguitos y le dijeron:

- Hemos venido a pedirte perdón, porque fuimos injustas contigo. Ahora te rogamos que te quedes con nosotros. ¡Sabemos que eres valiente de verdad!

Barabán las miró sonriendo y agradecido. Y así fue como se quedó en el pueblo para siempre y los niños volvieron a escuchar todas las tardes sus fabulosas historias.



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

La mosquita

Letra y música: Cota Carvallo
Versión coral: Morris Jiménez M.

S

Unísono

U - na mos-qui-ta en la pla - ya sin ce-sar i - ba y ve - ní - a.

5

Tan pron-to e-lla se a-le - ja - ba, co-mo a mi la - do vol - ví - a.

9

En la na-ríz se pa - ró de un ca - ba - lle - ro gran - da - zo

13

y es-te le dio un ma - no - ta - zo tan fuer-te que la ma - tó.

*2da vez
salta al fin*

17

tan fuer-te que la ma - tó.

Fin

20

Qué tris-te fin le es-pe - ra - ba a la mos-qui-ta tan bue - na.

Qué tris - te fin fue, po - bre mos-

24

Se que-dó quie-ta es-ti - ra - da, pa-tas a - rri-ba en la a - re - na.

qui - ta. Qué tris - te fin en la a - re - na.

Del signo al fin



La mosquita

Era una tarde de primavera. La mosquita extendió sus alitas transparentes para calentarse al sol, y luego echó a volar muy contenta.

¿Cómo había ido a dar a aquella playa? No se lo explicaba. Pero, a decir verdad, tampoco recordaba mucho sobre su vida anterior. Después de todo era muy agradable remontarse sobre los pequeños cerros de arena. Y también le gustaba ir en busca de los pececitos muertos, o salir al encuentro de las vendedoras, cuando estas llevaban a sus puestos las grandes fuentes de viandas que hacían la delicia de los transeúntes.

Por las noches descansaba sobre la proa de alguna barquita dejada allí por los pescadores. Se dormía aspirando el aroma que despedían las redes. A veces la despertaba el rumor de las olas al romperse cerca de sus oídos. Y esto sucedió cuando la barquita era conducida nuevamente al mar para empezar la faena. Entonces volaba con gran esfuerzo de regreso a la playa hasta encontrar otro lugar más seguro donde refugiarse.

Aquella tarde la mosquita estaba más alegre que nunca. Había hecho nuevas amistades con mosquitas forasteras llegadas recientemente. Y después de charlar con ellas sobre diferentes asuntos, que sólo interesaban a las moscas, se despidió con un amable “¡Chao!” por si no volvían a verse (Nadie sabe lo que puede suceder en el mundo de las moscas. ¡Además su existencia es siempre tan corta! ¡Y está expuesta a tantos peligros!).

Había sido aquel un día muy agitado. Voló hasta quedar rendida. Y de pronto encontró un lugar ideal para detenerse a descansar. Era un objeto sonrosado

y confortable que resultó ser una nariz, con un par de anteojos encima. Más tarde advirtió que esa nariz pertenecía a un caballero muy alto y corpulento. Algunas gotas de sudor rodaban por las inmediaciones.

— ¡Qué asco! —se dijo en voz alta la mosquita, cuando en un descuido se mojó la punta de las patas en el pegajoso líquido.

Entonces estiró las patas hacia atrás frotándose una con otra para limpiarlas de los restos de sudor que había quedado en ellas.

Y en ese momento el dueño de la nariz, que probablemente estaba de mal humor, empezó a espantar con su mano a la mosca. Pero ella se sentía cómoda en aquel lugar, porque era lo suficientemente grande para que pueda pasear, sin hacer uso de sus alas que estaban adoloridas de tantas idas y venidas.

El caballero se impacientó aún más y dio un feroz manotazo que le cayó a la pobre mosquita en toda la cabeza. Aquel golpe tan terrible le había aplastado los sesos, porque, aunque parezca mentira, las moscas tienen sus sesos chiquititos. El delicado cuerpecillo cayó primero sobre el labio superior del caballero, lleno de pelos negros y tiesos. Luego rodó sobre las rodillas cubiertas por un impecable pantalón blanco, que desde ese momento presentaba una pequeña mancha marrón, y cuya vista llenó a su dueño de ira. La mosquita cayó entonces al suelo y allí quedó tendida, patas arriba e inmóvil.

— ¡Pobrecita mosquita! ¡Era tan buena!
—exclamaron con tristeza algunas de sus compañeras que presenciaron la escena. Y salieron volando

apresuradamente para comunicar a todo el mundo la horrible desgracia.

El sol se ponía en ese momento. Los excursionistas abandonaban la playa. El viento empezó a soplar y fue ocultando lentamente el cuerpecillo de la mosquita, hasta que desapareció por completo debajo de la arena.



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

Mientras duerme la nenita

(Arrullo)

Letra y música: Cota Carvallo
Versión coral: Morris Jiménez M.

Voz 1

1. Mien-tras duer-me la ne-ni-ta en su cu-na tan blan-
2. La ne-ni-ta chi-qui-ti-ta que aho-ra duer-me en su cu-

Voz 2

5

qui-ta,
ni-ta,

1. 2.

la es-tá mi-ran-do ma-má, la es-tá mi-ran-do ma-má. ra.
al-gún dí-a cre-ce-rá, al-gún dí-a cre-ce-

11

1. E-sos o-jos a-zu-li-tos, tan gran-da-zos y bo-ni-tos,
2. E-sas ma-nos sua-ve-ci-tas, tan pe-que-ñas y fi-ni-tas,
3. E-sos pies tan ro-sa-di-tos, tan pe-que-ños y bo-ni-tos,

qué co -
qué co -
por dón -

2

16

¿Qué co -
¿Qué co -
¿Por dón -

si - tas mi - ra - rán, qué co - si - tas mi - ra - rán.
si - tas to - ca - rá, qué co - si - tas to - ca - rán.
de ca - mi - na - rán, por dón - de ca - mi - na - rán.

20

si - tas mi - ra - rán e - sos o - jos a - zu - li - tos?
si - tas to - ca - rán e - sas ma - nos sua - ve - ci - tas?
de ca - mi - na - rán e - sos pies tan ro - sa - di - tos?

e - sos o - jos a - zu - li - tos?
e - sas ma - nos sua - ve - ci - tas?
e - sos pies tan ro - sa - di - tos?



Mientras duerme la nenita

Una mujer se hallaba meciendo la cuna de su hija recién nacida. Mientras tanto pensaba. ¿Cómo podría adivinar lo que será más tarde? Y en ese momento escuchó una voz cercana que le decía:

- ¡He leído en tu frente lo que estás pensando en este momento! Te has preguntado lo que se le espera a esta niña, cuando sea grande. Y voy a complacerte.
- ¿Cómo puedes adivinar mi pensamiento? Sí, es verdad. Miré sus ojos y me pregunté: ¿Qué cositas mirará con esos ojos tan azules?
- Pues bien, ¿quieres saberlo?

La madre miró a todos lados y descubrió el rostro de una anciana que asomaba por la ventana abierta.

- ¿Cómo puedes conocer lo que sucederá más tarde? —preguntó con incredulidad.

Pero la viejecita buscó afanosamente dentro de un bolsón que llevaba atado a la cintura y sacó de él un espejito.

- En este espejito verás cosas muy extrañas —le dijo.

La madre tomó el espejo y vio en él a una hermosa niña que paseaba a la orilla del mar en compañía de un joven de cabellos negros.

— ¡Tengo que partir! —decía él— y he venido a despedirme.

La joven lo miró con tristeza. De sus ojos azules brotaron dos lágrimas que rodaron por sus mejillas.

— ¿Quién es esta muchacha? —preguntó la mujer.

— Es la niña que ahora duerme en la cuna —respondió la anciana—. Luego te vi mirar sus manos pequeñitas y te preguntaste ¿Qué cositas tocará con ellas? Vuelve a mirar al espejo y lo sabrás.

Así lo hizo la madre y vio a una joven que contaba afanosamente un puñado de monedas y luego se las entregaba a una mujer.

— ¿Esa muchacha también es mi hija?

La vieja asintió.

— ¿Y qué está haciendo?

— Ha ganado ese dinero. Pero ya no es suyo, porque debe de entregarlo. Por eso la ves tan preocupada.

— No quiero seguir viendo eso... Por la expresión de su cara se conoce que no es feliz.

Y la anciana prosiguió.

— Tú miraste también su boca y te preguntaste, ¿qué cositas hablará?

Mira nuevamente tu espejo y pronto lo sabrás...

La madre volvió a ver en el espejo. Allí se veía a la joven en una gran sala rodeada de muchos niños. Al parecer les estaba explicando una lección en la pizarra. Era su maestra. La madre pensó:

— ¡Ahora sí es dichosa! ¡Gracias a Dios! Les está sonriendo a sus alumnos.

La viejecita tomó el espejo y lo volvió a guardar dentro de su bolsa.

- Ya has satisfecho tu deseo. Ahora sabes lo que le depara el destino a tu hija.
- Me ha parecido feliz en una de las veces que la he visto. En otras me pareció triste...
- Así es la vida —dijo la anciana— Esta nos depara de momentos felices, y otros que no lo son tanto.
- ¿Y tú quién eres que sabes tantas cosas?
- ¿No me reconoces? ¡Soy tú misma, dentro de algún tiempo!
- ¡Oh! ¡Falta mucho para eso! — exclamó la madre.

Y fue en ese momento que notó con sorpresa que la anciana había desaparecido. En la cuna dormía plácidamente la niña. La madre la cubrió suavemente con su pequeña manta de lana y salió de puntillas de la habitación para no despertarla.



El viejo Pancho

(Festejo)

Letra y música: Cota Carvallo
 Versión coral: Morris Jiménez M.

Voz 1

Voz 2

Pan - cho, Pan - cho de - bes ya co - mer.

5

Ahí

Pan - cho, Pan - cho, de - bes ya co - mer ¡Ay chim - pum, chim - pum!

10

vie - ne el vie - jo Pan - cho, chim - pum chim pum. 1. Se a -
 2. Se

Pan - cho, Pan - cho, de - bes ya co -

14

cer - can ya sus pa - sos pum pum pum pum. El
 to - ma ya mi so - pa glun glun glun glun. El

mer. Pan - cho, Pan - cho, de - bes ya co -

2

18

po - bre no ha co - mi - do na - di - ta des - de a - yer, si
 po - bre no ha dor - mi - do na - di - ta des - de a - yer, si

mer na - di - ta des - de a - yer

22

no quie - ro mi so - pa, que se la to - me él. Ahí
 no quie - ro a - cos - tar - me le doy mi ca - ma

1. que se la to - me él.
 2. le doy mi ca - ma

26

él. Ahí vie - ne el vie - jo Pan - cho, chim pum chim pum, y
 él. Ahí vie - ne el vie - jo Pan - cho, chim pum chim pum, y

31

ron - ca ya en mi ca - ma: run run run run.
 ron - ca ya en mi ca - ma: run run run run.

El viejo Pancho



Juanito no quiere tomar su sopa. Con los dientes apretados mueve la cabeza hacia ambos lados cada vez que su madre intenta acercarle la cuchara a la boca. La buena señora, cansada e impaciente, tiene una idea salvadora:

- ¡Si no tomas tu sopa —le dice— voy a llamar al viejo Pancho!
- ¿Para qué lo vas a llamar? ¿Vas a darle mi sopa? ¿Por qué?, ¿acaso él no toma sopa?
- No. Es muy pobre y no le alcanza para comprar la comida.

Y en ese preciso momento pasa Pancho por la vereda del frente, perseguido por un grupo de muchachos, que ríen y gritan burlándose de él.

Pancho es un hombre muy alto y flaco, usa pantalones raídos y sus zapatos están rotos. Su rostro moreno y arrugado hace una mueca de disgusto. Con voz ronca exclama:

— ¡Les he dicho que me dejen en paz!

Juanito toma la sopa hasta que el plato queda vacío. Poco después, Luchito, que vive en la casa contigua, no quiere ir a dormir. Se ha tendido sobre la alfombra de la sala, escondiendo la cabeza entre las manos, y no escucha órdenes ni súplicas.

— ¡Luchito! ¡Ya es tarde! ¡Anda a acostarte! —le dice la madre.

Luchito gimotea. La madre recurre también a la amenaza:

- Voy a llamar al viejo Pancho para que duerma en tu cama.
- ¿Por qué? ¿Él no tiene cama donde dormir?
- Es muy pobre, duerme sobre unos costales viejos.

Luchito se desviste apresuradamente y se mete a la cama. La madre apaga la luz y sale de la habitación.

El viejo Pancho se va convirtiendo así en el terror de los chicos y en la salvación de las madres del barrio. Basta pronunciar su nombre para que todos obedezcan sin protestar.

Es una tarde de verano. Los niños mayores juegan en las tardes bulliciosamente.

- ¡Yo soy el más valiente! —grita Pepe— ¡Yo puedo vencer a todos los bandidos!
- ¡Y yo al jefe de todos los bandidos!
- ¡Y yo a Superman!
- ¡Yo le pego a Superman y a todos ustedes juntos! —dice Julio.

Al fin a uno de los niños se le ocurre:

- ¡Que el más valiente vaya a buscar a Pancho y se pelee con él!

Todos reciben la idea con entusiasmo. Se presentan cinco voluntarios. Armados de piedras y palos se dirigen al final de la calle y escalan una pared de adobe, tras la cual desaparece todas las tardes el viejo Pancho. Poniéndose las manos sobre la frente, para preservarse de los rayos del sol poniente, los niños observan lo que hay dentro de aquel terreno baldío.

- ¡Allí está Pancho! —grita Juanito.
- ¿En dónde?
- En esa choza hecha con esteras y cartones que se ve en el rincón.

Ya han descendido de la tapia y empiezan a arrastrarse con grandes precauciones por entre los matorrales.

Desde allí ven a Pancho tendido sobre unos costales viejos, dentro de la choza que le sirve de morada. Se halla muy entretenido desenvolviendo unos papeles.

- ¿Saben lo que está comiendo? — exclama Pepe— Los huesos del pollo que sirvieron ayer en mi casa. Ese cochino lo ha recogido de la basura.

- ¿Y cómo sabes que es el mismo?
- Porque he reconocido los periódicos con los que los envolvió anoche la cocinera.

Mientras tanto Pancho se limpia las manos en un trapo viejo. En ese momento Pepe hace ruido, Pancho mira sorprendido a su alrededor. Luego se incorpora.

Los niños se echan a correr atemorizados y no paran hasta encontrarse sobre la tapia.

- ¡Pobre Pancho! —exclama Juanito—
¿Cómo puede vivir así?
- No tiene casa, ni vestidos buenos, ni cama, ni nada.
- ¿Ustedes saben lo que es pasarse un día sin comer? —dijo Pepe.
- ¡Es verdad, debe ser terrible!
- ¿Y un día de invierno sin tener con qué abrigarse?

Entonces convinieron en volver donde Pancho. Se fueron acercando poco a poco. Cuando estuvieron cerca, él los saludo amablemente.

- ¿Qué se les ofrece por acá, niños?
- Hemos venido a visitarte, queremos saber por qué comes las sobras que encuentras en la basura.
- ¿Y qué cosa quieren que coma? Si no tengo plata para comprar siquiera un pan.
- ¿Por qué no trabajas?
- ¿Quién le va a dar trabajo a este pobre viejo?
- Yo le he oído decir a mamá que

necesita un jardinero. ¿Sabes cuidar plantas?

- ¡Naturalmente! ¡Ese fue mi trabajo hace muchos años!
- ¿Y podrías cuidar mi jardín? ¡Te pagaremos! —Dijo Tomás.
- ¡Y el mío! —Dijo Juanito.
- ¡Qué bueno sería! —dijo Pancho, mientras se sonaba la nariz con un trapo viejo.
- ¡Adiós Pancho! ¡Mañana vendremos a verte!

Reunido en la calle los niños dijeron:

- ¡Y nosotros que botamos la comida cuando no la queremos!
- ¡O lloramos cuando no queremos ir a dormir en una cama calentita!

Y enseguida fueron a sus casas y volvieron a la choza de Pancho para llevarle panes y plátanos que habían traído para él.

Cuando esa noche propusieron que Pancho cuidara y regara los jardines de todos los vecinos, sus padres se opusieron, pero después de mucho insistir al fin accedieron.

Poco a poco se fue convirtiendo en el jardinero de todo el barrio. Hasta le dieron un cuarto que estaba desocupado en la casa de Tomasito.

Cuando ahora pasa por la calle el viejo Pancho, balanceándose como un oso, sonrío bondadosamente con su rostro lleno de arrugas a todos los niños. Su figura alta y desgarbada se ha vuelto familiar y querida. Ya las madres se olvidaron de asustar con él a sus hijos. Además, ya nadie le tiene miedo.



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

El cielo es azul

Letra y música: Cota Carvallo
Versión coral: Morris Jiménez M.

Voz 1

El cie - lo es a - zul y

Voz 2

y ver - de el mar,

6

ne - gras son las no - ches sin lu - na ni es - tre - llas,

y

10

blan - cas son las nu - bes ro - dean - do el sol.

14

En el mun - do que hi - zo Dios, to - do tie - ne al - gún co -

En el mun - do que hi - zo Dios, to - do tie - ne al - gún co -

2

18

lor y ver - lo es ma - ra - vi - llo - so. Es

lor y ver - lo es ma - ra - vi - llo - so.

22

ro - jo el cla - vel mo -

y blan - co el jaz - mín,

26

ra - das las vio - le - tas, ro - sa - do el ge - ra - nio,

a -

30

zul las cam - pa - ni - llas, do - ra - ro el gi - ra - sol.

34

En el mun - do que hi - zo Dios to - do tie - ne al - gún co -

En el mun - do que hi - zo Dios to - do tie - ne al - gún co -

38

lor y ver - lo es ma - ra - vi - llo - so.

lor y ver - lo es ma - ra - vi - llo - so.



El cielo es azul

Era el menor de sus hermanos. Desde que era pequeño su madre había observado que tenía un defecto en los ojos que le impedía distinguir los colores.

Más tarde ella trató de explicarle que todas las cosas en el mundo tenían un color diferente.

— ¡Mira! —le decía— ¡Qué hermoso día! Estamos en verano y el cielo se ha puesto muy azul.

El niño movía con tristeza la cabeza:

— ¡Para mí todas las cosas son iguales!
—decía.

Un día se aventuró a preguntar;

— ¿De qué color son las nubes?
— ¡Blancas! —le respondió su madre.
— ¿Y el mar?
— Hoy está verde.
— ¿Y de qué color es la noche?
— Cuando no hay luna ni estrellas, es negra.
— ¿Y el sol?
— Es amarillo como el oro.

Y el niño se quedó pensativo.

Otro día jugaba con algunos amiguitos en el jardín.

— ¡Qué lindos son los jazmines! —
exclamó uno de ellos.

- ¿Son rojos?
- No, son blancos.
- ¿Y estos claveles?
- ¡Son rojos!
- ¿Y las violetas?
- Son moradas.
- ¿Y las campanillas?
- Son azules.
- ¿Y el girasol?
- Es amarillo.

Y el niño se decía:

- ¡Qué hermoso será poder distinguir los colores!

Cierto día fue con sus padres y hermanos al campo. De pronto se alejó del lugar en donde jugaban los demás y llegó al pie de un cerro. En él descubrió la entrada de una caverna. Penetró en su interior y anduvo por oscuros corredores, hasta que se encontró al otro lado de la montaña.

Era aquel un lugar maravilloso. Los pájaros cantaban sobre las ramas de los árboles. Sentada sobre una piedra al pie de un manantial se hallaba una anciana hilando. Al advertir la presencia del niño preguntó:

- ¿Qué has venido a buscar aquí?
- ¡Me he perdido! —respondió el.
- ¿Quieres hacerme un favor? Mis ovillos de lana han rodado por la tierra y ya estoy muy vieja para moverme y hacer el esfuerzo de recogerlos. ¿No me podrías ayudar? Aquí tienes siete pequeñas canastas. En cada una de ellas irás poniendo los ovillos de un color. En la primera pondrás los azules, en la segunda los rojos, en la

tercera los verdes, luego los violetas, los anaranjados y la última será para los amarillos.

Al escuchar estas palabras el niño soltó el llanto.

- ¿Por qué lloras? —preguntó la anciana.
- No puedo ayudarte —exclamó el niño— porque no distingo los colores.
- No te aflijas —dijo la mujer—. Si te lavas los ojos con agua de este manantial, todo cambiará para ti.

El niño corrió hacia el manantial que surgía de la tierra y dejó que el agua corriera sobre sus ojos. En seguida echó una mirada en torno suyo y su rostro resplandeció de alegría. Ya podía apreciar el mundo en toda su belleza: el cielo, las nubes, las flores, los pájaros. Ahora distinguía los colores.

Recordó que su madre siempre decía que el cielo es azul. Levantó el rostro y miró hacia arriba, luego buscó el ovillo que tenía el mismo color y lo colocó en la primera canasta. Le tocó en seguida el turno a los ovillos rojos, luego a los verdes. Sabía que este era el color de las hojas de los árboles. Los apartó así de los restantes. Y en el último lugar quedaron los amarillos. Cuando terminó su tarea dio gracias a la anciana y echó a correr. En casa de sus padres todos estaban preocupados por él.

- ¿Dónde estabas? —le preguntaban—
¿Por qué no contestabas a nuestras llamadas?

Y el niño sonriendo les respondió:

- Encontré a una mujer muy viejecita y me pidió que recogiera los ovillos de colores que habían rodado por tierra. Cuando le respondí que no podía distinguirlos, me dijo que me lavara los ojos con el agua del manantial. Así lo hice... Y ahora todo ha cambiado. ¡Mis ojos son como los de ustedes!

Pero nadie le quería creer. Le hicieron muchas preguntas y respondió a todas sin equivocarse. Al fin se convencieron de que decía la verdad. Entonces el niño levantó los ojos al cielo y exclamó:

- ¡Dios ha hecho el mundo! ¡Y todo es maravilloso!



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

La niña y el mar

(Arrullo)

Letra y música: Cota Carvallo
Versión coral: Morris Jiménez M.

Voz 1

U-na lin-da ni - ña se que-dó dor - mi - da u - na ma-ña - ni - ta muy cer ca del

Voz 2

Se dur - mió muy cer - ca al

5

mar ¡Ca-llen las ga-vio-tas, de-jen de graz-nar, que la ni-ña duer-me y va des-per-tar!

mar, ¡ca - llen - se, que la ni-ña duer-me y va des-per-tar!

10

4

4

14

¡Que-se ca-lle el vien-to, de-je de so-plar que la ni-ña duer-me y va a des-per-tar!

Vien - to de - ja de so -

2

18

tar! ¡Cá-llen se las o-las, de jen debra mar, que la ni-ña duer-me y va a des-per - tar!

plar, icá - llen - se, que la ni-ña duer-me y va a des-per - tar!

23

30

La ni-ñi-ta lin-da de ca-be llo lar-go co-mo un a-rro-yue-lo, duer-me cer-ca al

Lin - da duer - me cer - ca al

34

mar ¡Qué can-ten los vien-tos, vuel-va a so-plar, que la ni ña ya se va a des-per-tar!

mar. icá - llen - se, que la ni ña duer-me y va des-per-tar!



La niña y el mar

Una niña jugaba aquella mañana en la orilla del mar. Hizo un castillo de arena. Luego humedeció la torre con agua que trajo en un baldecito. Buscó caracoles y conchitas entre las rocas, descubrió grandes “muy—muy” enterrados, con su dura coraza gris y al verlos agitar sus patitas filudas, aprisionadas entre sus dedos, rió divertida. Tiró piedras a las arañas de mar que corrían a esconderse dentro de sus agujeros en la arena. Al fin cansada de tanto jugar se tendió sobre la arena y se quedó dormida.

Llegó una bandada de gaviotas y empezaron a graznar, mientras alegremente corrían sobre la blanca espuma que dejaba el mar en la playa.

Entonces se oyó una voz suave y misteriosa que decía:

- ¡Schist! ¡Callen señores gaviotas..!
- ¡Por favor no hagan tanto ruido que van a despertar a la niña!
- ¿En dónde está?
- ¿No la ven allí con su lindo vestido blanco dormida sobre la arena?

Las gaviotas se acercaron sigilosamente. Y vieron a la niña tan hermosa con sus ojos cerrados y los largos cabellos negros sobre los hombros. Y dijeron:

- ¡Sí! ¡Es hermosa la niña! ¡No hagamos ruido para no despertarla!

Y se alejaron volando silenciosamente, hacia los acantilados.

El viento empezó a soplar. Poco a poco el ruido se fue haciendo mas insoportable. La voz misteriosa dijo otra vez:

- ¡Schist! ¡No soples tanto viento, que la niña se ha quedado dormida y se despertará!
- ¿En dónde está la niña? —preguntó con curiosidad el viento.
- Allí sobre la arena —respondió la voz

El viento se acercó a la pequeña y la vio tan hermosa con los labios sonrientes, y el pálido rostro que no pudo menos que exclamar:

- ¡Sí, es hermosa de verdad! No soplaré más y ella seguirá durmiendo.

Luego fueron las olas quienes reventaron cerca de la orilla y su blanca espuma se deslizaba sobre la arena y volvía a retirarse para ir a formar parte de otra gran ola que iría también a romperse sonoramente en la playa.

- ¡Schist! —dijo la voz.
- No hagan ese ruido que van a despertar a la niña.
- ¿Y en dónde está la niña?
- ¡Allí dormida sobre la arena!
- ¡Queremos verla! —exclamaron las olas.

Y se acercaron con su corona de espuma. Tocaron los pies de la niña dormida. Y al sentir el frío del agua, la niña abrió los ojos y miró a todos lados atemorizada.

- ¡Estoy sola! —pensó— ¿A dónde se ha ido mamá?

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

- ¡No llores! —le rogaron las gaviotas.
- ¿Qué sucede? —preguntó a su vez el viento.

Y empezó a soplar.

- ¡Me he perdido! —dijo la niña— ¿No han visto a mi mamá?
- Iremos a buscarla —dijeron las olas.

Pero la niña corrió asustada. Y la madre que llegaba a buscarla en ese momento, al verla tan afligida preguntó.

- ¿Qué te ha ocurrido, hijita? ¿Por qué lloras? ¿En dónde estabas? ¿Te he buscado tanto!

Y tomándola de la mano se alejó con ella por entre las altas colinas que rodeaban la playa. Y las olas exclamaron con tristeza:

- ¡Ya la niña se fue!

Y la voz suave y misteriosa dijo:

- Ya pueden romperse las olas sonoramente.

Y el viento murmuró:

- Ahora soplaré otra vez sobre la playa.

Y las gaviotas exclamaron:

- ¡Ya se fue la niña! ¡Comenzaremos a graznar!

¡Y todo volvió a ser como siempre!



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

La gallinita blanca

Letra y música: Cota Carvallo
Versión coral: Morris Jiménez M.

Voz 1

La ga-lli-ni-ta blan-ca un dí-a se es-ca-pó de su co-rral y no vol-vió; y

Voz 2

La ga - lli - ni - ta se es - ca - pó;

6

el po-brega-llo la lla-ma-ba a - sí, ¿En dón-de es-tás ki - ki - ri - kí?

el po - bre ga - llo no la en - con - tró.

10

Co-mo no po-dí-a re-gre-sar fue has-ta un so-li-ta-rio ma-le-cón

No po - dí - a re - gre - sar.

2

14

don-de en un des cui-do res-ba - ló y no pa-ro has-ta el mar ¡Ay!

De un des-cui-do res-ba - ló has-ta el mar ¡Ay!

18

Po-bre ga-lli-ni-ta tan fe - liz que fue, po - co du - ró su li - ber-tad. Hu-

Po - bre ga - lli - na se res-ba - ló;

22

bie-ra si-do pre-fe-ri-ble la pri-sión a de es-te mo - do ter-mi-nar. La

el po - bre ga - llo no la en-con - tró.

26

ga-lli-ni-ta blan-ca un dí-a se es-ca - pó de su co - rral y no vol - vió.

de su co - rral y no vol - vió.

La gallinita blanca

La gallinita blanca estaba triste y se aburría. No le gustaba su gallinero, aunque era un lugar limpio y agradable, y tenía comida en abundancia. Sus compañeras de prisión, aunque algo viejas, eran amables y el gallo la trataba con mucha consideración. Pero ella deseaba ir a recorrer el mundo. Ni siquiera había conocido a su madre, pues nació dentro de una incubadora, que es una máquina en donde hay muchos huevos que se convierten en pollitos, aunque no puede darles el calor y el cariño de una verdadera madre.

Tampoco había podido tener hijitos pues, aunque ponía todas las mañanas un huevo en el nido, este desaparecía al poco rato, para servir de alimento a un hijo de la dueña de casa que estaba flaco y desnutrido.

En cuánto a sus amigos de la infancia sólo recordaba a Tilit, un pollito travieso y andarín que desapareció una mañana, cuando empezaba a crecerle la cresta. Una gallina contó después en secreto que lo había visto desplumado y quieto sobre una fuente entre muchas lechugas y tomates, mientras celebraban el santo de un miembro de la familia.

Y así pasaba el tiempo siempre igual hasta que una mañana, la gallinita notó que se habían olvidado de cerrar la puerta del corral. El corazón le latía como un motor de pura alegría.

- ¿A dónde vas? —le preguntó una de las gallinas.
- ¡Voy a conocer el mundo! —contestó

ella. Y salió corriendo por en medio del jardín.

La puerta que daba a la calle también estaba abierta y pudo escapar sin que nadie se lo impidiese.

— ¡Al fin soy libre! —pensó, mientras sacudía las alas de pura satisfacción.

Y en ese momento pasó a su lado una gran máquina con ruedas que hacía un ruido infernal. Felizmente ella dio un salto hacia atrás y se libró de morir aplastada.

Cuando notó que otras muchas máquinas iguales pasaban a su lado, comprendió que su vida estaba en peligro. Una luz roja se encendió y todas se detuvieron al mismo tiempo en la esquina.

— Esto lo han hecho para que yo pueda pasar —se dijo la gallinita y atravesó la calle a toda carrera.

Caminó algunas cuadras y de pronto vio que un mendigo de andrajosos vestidos la venía persiguiendo. Con gran espanto le oyó decir en voz alta:

— ¡Ahí va mi almuerzo!

La pobre gallinita huyó a grandes saltos. Felizmente había llegado a un lugar más tranquilo. Era un piso de tierra, en donde sus patas no resbalaban como en el asfalto. Buscó alguna persona amiga a quién preguntarle donde se encontraba, pero no había un alma en los alrededores. Si alguien la hubiese escuchado habría respondido:

— ¡Ten cuidado gallinita que estás en un malecón, muy cerca de los barrancos!

Pero la pobre gallinita blanca era muy ignorante y no se daba cuenta del peligro. Frente a ella había una mancha de agua azul y hasta sus oídos llegaba el rumor de las olas al romperse sobre la playa.

Siguió caminando sin fijarse que ya estaba al borde del precipicio. Dio un salto más y empezó a caer, a caer, cada vez más de prisa, hasta que fue a dar al mar. Y como las gallinas no saben nadar, nadie pudo salvarla.

Mientras tanto en el corral, todos estaban muy preocupados. La buscaron por todas partes, sin ningún resultado. Una de las gallinas dijo:

- Yo la vi correr hacia la playa. ¡Era una gallina muy imprudente!
- ¡Pobrecita! —dijo otra— Ella ignoraba a cuantos peligros estaba expuesta.

Otra añadió:

- Era preferible vivir prisionera en nuestro corral que sufrir algún accidente.

El gallo lanzó unos “KIKIRIKI” tan tristes que partían el alma.

- ¡Pobre gallinita! —exclamaba entre lagrimones— ¡Era la gallina más buena y más bonita del mundo! ¡Nunca encontraré otra igual!

Y así fue como la gallinita blanca no volvió jamás a su gallinero.



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

El río

(Huayno)

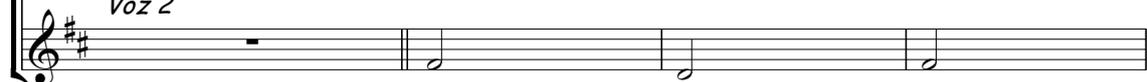
Letra y música: Cota Carvallo
Versión coral: Morris Jiménez M.

Voz 1



U - na flor de la can - tu - ta en el rí - o se ca -

Voz 2



La flor ca - -

5



yó, pú - so - se con - ten - to el rí - o y su o - lor se lo lle -



yó y su o - lor se lo lle -

9



vó. U - na flau - ta del pas -

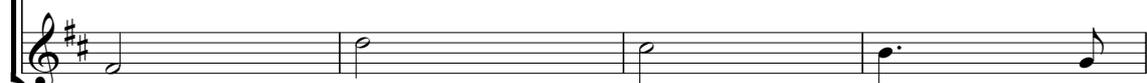


vó. flau - -

14



tor en el rí - o se ca - yó, pú - so - se con - ten - to el



ta del pas - - tor, su

2

18

rí - o y su mú - si - ca lle - vó.

mú - si - ca lle - vó.

23

El llan - to de la ni - ña en el rí - o se ca -

El llan - - to

27

yó, pú - so - se con - ten - to el rí - o, cris - ta - li - no se vol -

se ca - - yó,

31

vió.

cris - ta - li - no se vol - vió

35

15

50

El llan-to y la can - tu - ta y la flau - ta del pas -

El llan-to y la can - tu - ta y la flau - ta del pas -

54

tor, pu - sie - ron con - ten - to al rí - o y ya no les de - vol -

tor, pu - sie - ron con - ten - to al rí - o y ya no les de - vol -

58

vió, pu - sie - ron con - ten - to al rí - o y ya no les de - vol - vió.

vió, pu - sie - ron con - ten - to al rí - o y ya no les de - vol - vió.

El río



Este era una ruta de agua que cayó del cielo una mañana sobre la tierra ardiente. Y empezó a rodar y a rodar. Encontró a otra gota que había caído también en medio del desierto, y a ellas se unieron otras muchas gotas que siguieron deslizándose por entre las piedras y los cerros hasta que se convirtieron en un río. Y el río corrió después sonoramente. Las aves bebían en sus orillas. Los peces nadaban y se hacían cada vez más numerosos. Las tierras cercanas empezaron a cubrirse de vegetación. Se volvieron fértiles valles. Los hombres construyeron sus viviendas en las proximidades del río.

Y el río estaba cada vez más feliz de sentirse caudaloso e importante.

Cierta vez se acercó a la orilla un pastor que estaba triste. Sacó de su alforja una flauta y empezó a tocar una hermosa melodía. El río se detuvo unos momentos para escucharlo.

- Regálame tu flauta —rogó.
- No puedo desprenderme de ella. ¿Cómo expresaría mi tristeza cuando estoy afligido o mi alegría si estuviera contento? —dijo el pastor.

En ese momento la flauta cayó de sus manos y el río se la llevó consigo y la escondió dentro de su lecho. El pastor la buscó inútilmente, sin poderla encontrar. Pasó largas horas sentado a la orilla del río mientras suplicaba:

- ¡Devuélveme mi flauta!

Pero el río quedó con la flauta para siempre. Cuentan que desde entonces las aguas al deslizarse van entonando una canción. Es la canción del pastor.

Cierta vez creció cerca de la orilla una flor roja, muy hermosa. Y el río al pasar la contemplaba.

- ¡Qué hermosa flor! —exclamó un día. Y le pidió al arbusto, en cuyas ramas había brotado, que se la regalara.

Pero el arbusto repuso:

- Esta flor es mi orgullo. Todo el que pasa por aquí se queda maravillado al contemplarla. No te la puedo dar.

El río enfurecido salió aquella noche de su lecho y arrancó el arbusto de raíz. La flor roja como la sangre, quedó sumergida entre las aguas. Desde entonces el río exhala un delicioso aroma. Es el aroma que le robó a la flor.

En la falda de un cerro vivía una joven muy hermosa. Todas las mañanas iba hasta el río a recoger agua para

preparar sus alimentos. Un día la joven estaba triste. Mientras lavaba la ropa a la orilla del río, sus lágrimas rodaban por sus mejillas.

- ¿Por qué lloras? —le preguntó el río.
- Mi prometido se ha marchado — exclamó la joven. Y siguió llorando.
- ¡Dame tus lágrimas! —le suplicó río.

La niña continuó llorando y sus lágrimas al caer se mezclaron con las aguas del río. Y el río se volvió desde ese momento cristalino, tan cristalino que hasta se podía ver claramente la arena del fondo.

Pasó un tiempo y un día llegó a la orilla del río una mujer ya anciana y le dijo:

- ¡Yo sé porqué tus aguas cantan al deslizarse!
- ¿Por qué será? —preguntó el río.
- Porque has escondido en el fondo la flauta del pastor.

Y la mujer empezó a gritar tratando de apagar con su voz la música que salía del río. Pero todo fue inútil. Este seguía cantando y todos los que por allí pasaban se detenían a escucharlo.

La anciana fue hasta la orilla nuevamente.

- Yo sé porqué tus aguas son tan cristalinas que puede verse hasta el fondo.
- ¿Por qué será? —preguntó el río.
- Porque te has llevado las lágrimas de la niña. Pero yo voy a castigarte.
- ¿Qué daño puedes causarme tú? — preguntó el río en tono burlón.

Entonces la mujer trató de enturbiar las aguas arrojando en ella tierra y piedras de los cerros. Pero el agua continuaba deslizándose límpida y cristalina, como siempre.

Volvió la mujer unos días después y al sentir el perfume que exhalaba el río, trató de arrojar en él las aguas estancadas de un pantano. Pero nada consiguió. En las quebradas por entre las cuales se deslizaba el río se percibía un aroma delicioso.

- ¡Yo sé por qué despides este aroma! — exclamó la vieja.
- ¿Por qué será? — preguntó el río.
- Porque arrancaste esa linda flor que crecía cerca de la orilla — dijo.

Y el río lanzó al viento una alegre carcajada. Y luego siguió corriendo como siempre entre fértiles valles y escarpadas montañas. Y viendo la mujer que todo era inútil y no podría obligarlo a devolver las cosas que se había robado: la flor, la flauta y las lágrimas de la niña, se cansó de perseguirlo y se alejó de allí para siempre.

Entre tanto el río siguió corriendo alegremente. Hasta que un día llegó hacia el mar y se confundió con él...



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

Una niña vendrá

*Letra y música: Cota Carvallo**Versión coral: Morris Jiménez M.*

Voz 1

U - na ni - ña lin - da ven - drá a nues - tra ca - sa an - tes que en los cam - pos se

Voz 2

U - na lin - da ni - - ña

4

do - ré el ma - íz. An - tes que ma - du - ren

an - tes que en los cam - pos se do - ré el ma - íz.

6

los fru - tos del man - go, y can - te en las ta - pias el tuc - tu - pi - llín.

Can - - te en las ta - - pias el tuc - tu - pi - llín.

2

9

Y o-le-rá su-car - ne co-mo la mag-no - lia, y se-rá mo-re - na co-mo el ca-pu-lí.

mf

Y o-le-rá su-car - ne co-mo la mag-no - lia, y se-rá mo-re - na co-mo el ca-pu-lí.

13

Y tendrás los o - jos co-mo la vi-cu - ña, y el cuer-po tan fi - no co-mo el co-li-brí.

y el cuer-po tan fi - no co-mo el co-li-brí.

17

To-dos cui-dare-mos a la lin-da ni - ña has-ta de la bri-sa que la pue-da he-rir.

A la lin-da ni - ña has-ta de la bri-sa que

21

Le ha-re-mos la cu-na, co-gien-do del cam-po, plu-mas de las a-ves, flo-res de jaz mín.

la pue-da he-rir. plu-mas de las a-ves, flo-res de jaz mín.



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

1

Uno, dos y tres...

(Polca)

Letra y música: Cota Carvallo
Versión coral: Morris Jiménez M.

A*Unísono*

U - no, dos y tres, los nú - me - ros son
cua - tro, cin - co y seis en es - tá can - ción.

B

9 *Voz 1*
U - na es la lu - na y u - no es el sol,
Voz 2

13
y son las a - las de las a - ves, dos.

17
y tam - bién los o - jos que me ha da - do Dios.

2

21

1.Son

pa - ra ver las co - sas del mun - do son dos 1.Son

C

25

tres las ho - ji - tas del tre - bol bo - ni - to que
cin - co los de - dos de mi ma - ne - ci - ta, los

tres las ho - ji - tas del tre - bol bo - ni - to que
cin - co los de - dos de mi ma - ne - ci - ta, los

29

cre - ce en el cam - po co - mo un co - ra - zón. y
pé - fa - los cin - co del blan - co jaz - mín. y

cre - ce en el cam - po co - mo un co - ra - zón. y
pé - fa - los cin - co del blan - co jaz - mín. y

33

si e - llas son cua - tro se - ré muy di - cho so pues
seis las pa - ti - tas de la ne - gra mos - qui - y

si e - llas son cua - tro se - ré muy di - cho so pues
seis las pa - ti - tas de la ne - gra mos - qui - y

37 **salta a Coda**

trae la for - tu - na a quien la en - con - tró.
seis las pal - me - ras que tie - ne el jar - dín.

trae la for - tu - na a quien la en - con - tró.
seis las pal - me - ras que tie - ne el jar - dín.

D

41 *Unísono*

U - no, dos y tres, los nú - me - ros son

45 **D.S. al Coda**

cua - tro, cin - co y seis en es - tá can - ción. 2.Son

49 **Coda**

U - no, dos y tres, los nú - me - ros son

53

cua - tro, cin - co y seis en es - tá can - ción.

55

en es - tá can - ción.



CLIC PARA ESCUCHAR AUDIOS

La flor del Amancaes

(Marinera limeña)

Voz 1



La ma - ña - ni - ta es muy frí - a y el cie - lo muy gris es - tá,

Voz 2



La ma - ña - ni - ta es muy frí - a y el cie - lo muy gris es - tá,

5



por - que se a - cer - ca ya el tiem - po de la flor del A - man - caes, de la



por - que se a - cer - ca ya el tiem - po de la flor del A - man - caes, de la

2
9

flor del A-man - caes. 1.Su - bi - re-mos a los ce - rros que a-ma -
2.Y nos ha - re-mos un ra - mo con la

flor del A-man - caes. 1.Su - bi - re-mos a los ce - rros que a-ma -
2.Y nos ha - re-mos un ra - mo con la

13

ri - llos se pon - drán. 1. La ma - ña - ni - ta es muy
flor del A - man - caes. 2.

ri - llos se pon - drán. La ma - ña - ni - ta es muy
flor del A - man - caes.

17

frí - a y el cie - lo muy gris es - tá,
frí - a y el cie - lo muy gris es - tá,

20

por-que se a- cer- ca ya el tiem- po de la flor del A-man - caes, de la
por-que se a- cer- ca ya el tiem- po de la flor del A-man - caes, de la

24

flor del A-man-caes. 1.Nos te-je-re-mos guir-nal-das, for-ma-
2.Va-mos a te-jer un man-to con la

flor del A-man-caes. 1.Nos te-je-re-mos guir-nal-das, for-ma-
2.Va-mos a te-jer un man-to con la

28

re - mos un co - llar. 1. flor del A - man - caes. 2.

re - mos un co - llar. flor del A - man - caes.

La flor del Amancaes



Lilí estaba enferma. Hacía muchos días que no podía levantarse de la cama. Su madre entró a su cuarto una mañana y la encontró muy apenada.

— ¿Qué te pasa? —le preguntó.

Lilí se hecho a llorar.

— ¡Sal a la puerta y llama a la niña rubia!
—decía entre sollozos.

Cuando la madre salió a la calle miró a todos lados pero no encontró a ninguna niña rubia.

— ¿Qué niña rubia? ¿no habrás soñado?
—dijo la madre cuando volvió a la habitación.

— No, no era un sueño —explicó Lilí
—. He visto una niña rubia de grandes ojos azules que miraba desde la calle

con la cara pegada a los cristales de la ventana. En la mano llevaba una linda flor amarilla. Se la pedí, pero ella movió la cabeza, me hizo adiós y desapareció. ¡Yo quiero tener esa flor!
—Y empezó a llorar nuevamente.

La madre fue al jardín y cortó todas las flores amarillas que pudo encontrar. Hizo con ellas un ramo y se lo llevó a la pequeña enfermita.

— ¡Ninguna de esas flores es la que tenía la niña rubia! —exclamó Lili.

La madre fue a una gran tienda donde se vendía toda clase de flores. Escogió las más raras y bonitas y se las llevó a su hija. Pero al verlas, esta movió la cabeza con tristeza y no quiso recibirlas.

— ¡No me gustan! —dijo.

Aquella tarde fueron a visitarla algunos amigos. La madre les contó en voz baja:

— ¡Lili está muy triste! Quiere una flor amarilla y yo no la he podido conseguir.

Los niños exclamaron:

— ¡Nosotros iremos a buscarla! —y se alejaron a toda carrera.

Volvieron a la caída de la tarde, cansados pero contentos. Unos habían ido a los parques de la ciudad, los otros al campo. Todos tenían ramos de flores amarillas para su amiguita enferma.

Cuando la madre les hizo entrar en su habitación, Lili exclamó desilusionada:

- ¡No quiero esas flores! ¡Ninguna se parece a la que tenía la niña rubia!

Su amigo Pablo dijo entonces:

- Iré a preguntarle a mi abuelita. Ella conoce todas las flores del mundo.

Encontró a la buena señora asomada en la ventana de su casa.

- Abuelita ¿Cuántas flores amarillas conoces?

Ella le habló del mastuerzo, del chuncho, de la retama, de la mimosa, de la acacia y de muchas otras flores de color amarillo. Pero el niño repuso:

- Todas esas flores le hemos llevado a mi amiga y no las quiere. Ella busca una que tiene el color más fuerte y los pistilos más grandes.
- ¡Ya sé cuál puede ser! —exclamó la abuelita — ¡la flor del Amancaes!
- ¿Qué flor es esa?
- Es una flor muy linda, desgraciadamente ya casi no se encuentra. Antiguamente durante los meses de invierno crecía en los cerros, gracias a la humedad y a la lluvia. La gente iba a buscarles el día de San Juan. Al pie de los cerros se reunían alegres danzarines. Los niños bajaban de las cumbres con grandes ramos de flores y eran recibidos por los mayores con exclamaciones de regocijo.
- Yo no conozco esa flor ¿Por qué ya no se le encuentra? —preguntó Pablito.

- Nadie sabe el motivo por el cual ha desaparecido —dijo la abuela—. Quizás crezca todavía en otros cerros más alejados de la ciudad... Pero olvidé que ya estamos en primavera, ya ha pasado su tiempo.

Pablito volvió muy apenado a su casa y con las manos vacías.

A la mañana siguiente cuando fue a visitar a su pequeña amiga, la encontró muy animada. La palidez de su rostro había desaparecido. Se hallaba recostada sobre blancos almohadones. En un florero de su velador se veía una extraña flor amarilla.

- ¿Qué flor es esa? —preguntó muy asombrado.
- ¡Una flor del Amancaes! — dijo la madre.
- ¿Quién la ha traído?
- ¡La niña rubia! — dijo Lili. Anoche entró despacito a mi cuarto y dejo la flor al pie de mi cama. La llamé, pero salió sin hacer caso y se perdió en la oscuridad.

Y la madre añadió:

- Esta mañana cuando entré en esta habitación, sentí un agradable perfume. Era esa linda flor.

Poco tiempo después Lili se repuso de su enfermedad y pudo asistir a la escuela. Muy pronto se olvidó de su desconocida amiga. Pero su madre se preguntaba muy a menudo. ¿De dónde había salido esa extraña niña rubia?





www.gob.pe/cultura

Av. Javier Prado Este n.º 2465, San Borja
Lima - Perú

 @mincu.pe

 @minculturape

 @minculturape

 @minculturape

 @minculturape